

Tiempo de Primavera

Prologo

Cuando Alonso se licenció del servicio militar obligatorio tenía veintidós años. Había terminado la segunda etapa de su vida e iniciado lo que por entonces se denominaba, subir un nuevo escalón, es decir, abandonar el plano de la juventud y pasar al de hombre en proceso de edificación. Aunque él tal vez lo era cuando entró en el cuartel. Sin embargo, mantenía su impúber rostro, aunque curtido por los avatares vividos durante casi dos años, junto a otros cientos que como él, fueron retirados de su entorno de amistades, familiares y tal vez, compañeros de su primer trabajo, para cumplir con esa ineludible obligación militar.

Mientras él trataba esa situación, en otra parte existía una jovencita, Gema, que vivía sus primeras quince primaveras, junto a sus amigas y compañeras de colegio, sin más problema que el de estudiar, prepararse y aventurarse en la segunda oportunidad que le brindaba ser mujer, disponerse a entrar en la edad adulta.

No se conocían, ni sabían de su existencia. Sus vidas estaban separadas no solo por el tiempo, las amistades y la sociedad en que vivían, sino fundamentalmente por que cada uno parecía tener un futuro distinto, ajeno a cuanto les rodeaba. También por algo tan razonablemente simple como, que sus propios ambientes eran diferentes, motivados precisamente por sus respectivas edades, haciendo imposible un encuentro fortuito. Más aún, que un hombre adulto se fijara en una joven estudiante como Gema o viceversa.

Alonso hasta los veinte años

Formó parte, junto a su hermano y hermana menores, y sus padres, de una familia de las denominadas de clase media, en realidad con dificultades económicas, ya que mantener cinco personas era por aquel entonces razonablemente difícil. Al ser el mayor, se puso a trabajar con el fin de ayudar en casa y aportar algo de dinero. Aquello produjo un retraso en sus estudios, aunque lo suplió acudiendo, al acabar la jornada de trabajo, a una Academia y así continuar preparándose para el futuro. Su vida era serena, tranquila y con un sueño escondido, llegar a ser alguien en la vida, pero sobre todo trabajar en aquello que le gustaba, y para lo que se preparaba.

Convenció a su madre para que le permitiera asistir a una Academia y aprender mecanografía, administración, y cuanto sirviera para incorporarse a un trabajo bajo techo, en una oficina.

Fue en esas fechas cuando descubrió el aroma de una mujer joven por primera vez, hecho que le produjo zozobra y nerviosismo. Acudía a la academia, donde la profesora de mecanografía era muy joven. Posiblemente no superaba la barrera de los veinticinco años, toda una mujer adulta a los ojos de aquel joven entusiasta. Cada tarde acudía puntualmente, no solo a las clases teóricas de otras materias importantes, sino a las de mecanografía, cálculo y administración.

El aroma de aquella mujer le inducía a soñar cada noche. Después de acabar las clases, entrar en casa y tras cenar y estudiar un rato, cerraba los ojos para dormir. La señorita Ortiz, tenía un cuerpo delgado y el

cabello castaño, lleno de rizos dándole no solo una singular alegría al rostro, sino una belleza que provocaba la atención de Alonso. Sus ojos eran marrones, grandes y almendrados, con mucha alegría, la misma que dejaba caer cuando se movía, miraba o caminaba al encuentro de otros compañeros. Alonso quería estar a su lado, tenerla cerca, sentir su aliento y esas extrañas *lagartijas* que recorrían todo su cuerpo al estar cerca de ella, pero sobre todo, cuando ella insistía en colocar sus manos sobre las de él, para indicarle como poner los dedos en el teclado de la Hispano Olivetti. Ella repetía incansable con su cálida y susurrante voz:

- Los cuatro dedos de cada mano, excepto los pulgares, deben situarse en el centro de las tres líneas de teclas con letras, es decir, ambos índices cubrirán las letras J y F y desde ellos hacia sus correspondientes extremos, el resto. De esa forma podrás alcanzar tanto la línea superior como la inferior y con los pulgares el espaciador, aplicando el derecho si acabas la palabra escrita con la mano izquierda y viceversa. ¿Me has entendido?
- Si Señorita, pero a veces se me olvida.
- Volveré para ayudarte, espera un segundo.

Aquel era el momento de mayor tensión y alegría de Alonso. La señorita Ortiz se colocaba a su espalda, llevaba con sus manos las de él hasta el teclado, para permitir ponerlas sobre las suyas, mientras de sus labios surgían las palabras que él debía escribir. Después pulsaba las teclas correspondientes, haciendo que los dedos del joven se movieran al ritmo marcado por ella. Su rostro quedaba suspendido sobre el hombro derecho de Alonso provocando que a veces, rozaran sus mejillas. Aquello significaba el momento más bonito del día. Podía ver de cerca aquellos ojos marrones que le hacían soñar cada noche un futuro junto a una mujer como aquella.

Su aliento se mezclaba con el suyo, lo respiraba y formaba parte de él por un momento, junto al perfume suave, fresco y penetrante que inundaba sus pulmones. A veces, su respiración se aceleraba al sentir el calor de su cuerpo atravesando no solo la ropa de ella sino la propia revelando un rubor incontrolable. En ocasiones parecía perder el sentido, o simplemente vagar sobre una nube invisible. Solo insistía en su incapacidad de concentración en el teclado, cuando estaban solos en el aula, por lo que la profesora Ortiz supo que Alonso se sentía atraído por ella, aunque siguió permitiéndoselo.

Aquello marcó sin duda la vida de Alonso, se prometió que solo compartiría su vida si encontraba a una mujer como ella. Juramentos realizados por jóvenes con catorce años.

Sin embargo no fue así, precisamente aquel juramente internamente realizado, se hizo más patente y profundo cuando al acabar el curso, y obtener el título correspondiente de capacitación, la señorita Ortiz se despidió de todos los alumnos, aunque especialmente del más estudioso, amable y atento con ella, Alonso. Esperó a que todos estrecharan su mano antes de salir por la puerta del aula, dejándole en último lugar. Tuvo la impresión que algo ocurriría, sin embargo lo acaecido fue distinto, ni siquiera soñado por él. Le llamó pidiéndole acercarse y recorrer los pasos que los separaban. En su mano esperaba una hoja de papel.

- Aquí tienes tu título, es una alegría inmensa que lo hayas conseguido, sin embargo....
- ¿Sin embargo qué, señorita?
- Debo comprobar si en efecto sabes poner bien los dedos sobre las teclas, y no hiciste trampa en el examen final de mecanografía.
- ¿Y qué piensa hacer?
- Comprobarlo personalmente, así que ve a tu sitio un momento y lo veremos.
- Lo que usted diga.

Alonso se acercó preocupado hasta su maquina de escribir, soportada sobre una mesa y separada del resto por unos separadores de madera en forma de U invertida. Se sentó y esperó la llegada de la profesora. Treinta segundos después notó como su perfume avanzaba precediéndola, anunciando su llegada. Nada mas llegar, se puso tras de la silla y tomó las manos de Alonso poniéndolas sobre el teclado.

- En esta ocasión serás tu quien soporte las mías, así sabré si de verdad utilizas los dedos como te he explicado tantas veces.
- Claro.

Notó como lagartijas, o algo parecido, se incrustaban en su piel y recorrían a una velocidad incontrolada todo su cuerpo. Las manos de ella esperaban notar las pulsaciones sobre las teclas y formar algunas frases, sin embargo no lo hizo, esperó para deleitarse por última vez de aquel aliento y perfume tantas veces sentido y guardado en su cerebro. Tras un minuto de silencio y expectativa, volvió su cara hacia el lado derecho para preguntar, sin embargo encontró el rostro de ella, quien en ese momento giraba hacia su izquierda para situarse frente a frente. Ambos se miraron a los ojos y sin saber como o porque, sus labios se juntaron como en un encuentro buscado tantas veces en sueños. Ella le pidió cerrar los ojos y obedeció sin separarse, no quería que aquel momento se truncara casualmente. Durante unos minutos el rubor y los nervios mutuos se mezclaron. Lentamente ella dispuso sus brazos alrededor del cuello de Alonso, abandonando el teclado y pidiéndole hiciera lo mismo.

Sintió como si una explosión interna le llenara de calor e intentara salir. Sus cuerpos se unieron con fuerza, notando ambos el galope ofrecido por sus corazones. Al cabo de cinco minutos, un segundo para Alonso, se separaron, le tomó su mano y dijo:

- Felicidades Alonso. No te olvidaré nunca.
- Yo tampoco señorita.
- Me llamo Gloria.
- Yo tampoco te olvidaré Gloria, No sé, quisiera decir lo que siento....
- Calla, no digas una palabra mas, tal vez te confundas y no es necesario.
- Como digas.
- Y ahora por favor me gustaría que esto quedara entre nosotros.
- No pienso decírselo a nadie.
- No me refería a eso.
- Lo sé: No temas, nadie sabrá que nos besamos.
- Gracias Alonso.

Tras eliminar los rubores de sus rostros, salieron juntos del Aula en busca de la salida del edificio. En la puerta Alonso se volvió hacia Gloria.

- Adiós profesora, no olvidare jamás sus enseñanzas. Gracias por todo.
- Estoy segura de que lograrás encontrar tu sueño.
- Es posible. Hasta siempre.
- Adiós Alonso, siempre fuiste mi alumno predilecto, aunque un poco tramposo.
- Se refiere a
- En efecto, precisamente a eso que piensas.
- Era la única forma de saber si lo hacía bien, con explicaciones directas - respondió añadiendo una sonrisa.
- Lo ves.
- Adiós.
- Adiós y suerte.

Se refugió junto a los árboles situados frente al edificio, necesitaba verla por última vez, sin embargo no consiguió hacerlo, sus lágrimas se confundieron con la lluvia que en ese momento comenzó a caer. Inició el camino de regreso a casa volviéndose de cuando en cuando en fallidos intentos de volver a verla. Anduvo hasta la parada del autobús. La lluvia comenzó a arreciar y él a mojarse. Antes de llegar a la marquesina de la parada, y unirse a la gente que esperaba con paraguas, un seiscientos blanco se paró junto a él. Dentro del coche alguien bajaba la ventanilla y le invitaba a subir.

- Sube Alonso, te llevaré a casa.
- Gracias me estaba calando, olvidé coger un paraguas esta tarde.

- Yo también, y ya ves me empapé también hasta llegar al aparcamiento. ¿Donde vives?
- Cerca de Mirasierra, ¿lo conoces?
- Si, vivo la Plaza de Castilla, me pilla de paso, más o menos.

La lluvia no cesaba, al contrario, y la circulación se hacia cada vez mas difícil.

- Si no te importa aparcaremos un momento hasta que se calme la tormenta, no me gusta conducir así.
- Tal vez sea lo mejor.

Buscó un lugar apartado. Nada más aparcar, las ventanillas se cubrieron de vapor. Reacción lógica por el contraste de temperaturas. Alonso dada su inocencia, quiso limpiarlas con su mano, pero Gloria, de inmediato la retuvo evitándolo.

- Déjalo a mí no me molesta, además, estamos parados.
- Lo que digas.

Ella no soltó su mano, al contrario, la invitó a pasearse por un mar desconocido. Mientras, él tragaba saliva sin saber si debía parar o continuar navegando. Hubo momentos en que se posó en espacios desconocidos, solo imaginados, ya que nunca tripuló nave alguna y menos en un mar tan encrespado y difícil. Sin proponérselo fue acercándose a los labios de Gloria besándolos repetidamente, cerrando los ojos, al recordar la recomendación que le hizo en la Academia. Tropezó con algunas rocas que no supo salvar, aunque ella le protegió y ayudó gracias a sus conocimientos en otros mares. Tal vez lo más difícil de aquella travesía fuera el momento culminante e inesperado, ya que su nerviosismo iba en aumento y su corazón palpitaba como nunca lo había sentido hasta entonces.

Había imaginado tantas veces aquella situación, sin embargo no sabía qué hacer. Pronto se vio acercándose a una playa y temió vararse. Estaba muy cerca, pero inesperadamente sintió como ella retiraba las redes y él caía una vez liberada de cuanto la sujetaba. Sus ojos se abrieron buscando, mirando y acariciando la maravillosa propuesta, mientras, las respiraciones de ambos se descompasaron irremediabilmente. Oyó como le daba unas recomendaciones para evitar problemas, mas avezada que él en aquellas lides. Le condujo, hasta una posición más correcta en la maniobra de ataque. Mientras tanto aquel barco no cesaba de moverse incesante, dejándose mecer por el vaivén de las olas, subiendo y bajando. Las olas fuertes e inesperadas los mantuvo así, pese a la tormenta. Aquella situación duró poco tiempo dada la

ineptitud y desconocimiento del timonel, y al rato, la tormenta dejó paso a una calma esperada y tranquilizadora momentáneamente.

No sabía como había ocurrido aquello, si era una locura o una insensatez, pero de inmediato sus pensamientos se cubrieron de una satisfacción y alegría indescriptibles.

Gloria se acercó a Alonso y le besó mientras reparaba los destrozos de la tormenta, dejando las redes en su correcto lugar para volver a dominar la situación. Lentamente bajó ambas ventanillas y con un paño limpió el parabrisas. Fuera, el agua seguía cayendo con fuerza, guardó unos segundos de silencio y luego tomó las manos de Alonso, las besó repetidamente y dijo.

- Esto no forma parte de algo premeditado, ni siquiera tiene explicación, quizás debería pedirte disculpas, pero no lo haré.
- Yo tampoco, no quiero, además
- Espera, por favor, no he acabado. Quisiera saber que piensas sobre todo esto.
- No lo sé, mi cerebro supongo que no se ha solidificado todavía.
- Eres muy sutil y caballeroso. Seguramente serás muy buen amante. Eres cariñoso, paciente y ...
- Preferiría no seguir escuchando esas cosas, jamás me había encontrado en una situación como esta, y no puedo comparar. Claro que tampoco quiero hacerlo.
- Entiendo.
- Yo no. No sé qué ha podido pasar. Bueno en realidad no hay mucho que explicar. Me gustas, me siento bien a tu lado y si eso es enamorarse, creo que lo estoy.
- Esto forma parte de ese juego, pero solo lo ha sido de otro más importante. Yo también me sentí atraída por ti pese a nuestra diferencia de edad, pero no significa estar enamorada y pensé que no le vendría mal a tu entusiasmo, cumplir con algo que quizás más adelante, no sea tan bonito como conmigo.
- Ahora soy yo quien debe agradecer tu sinceridad, y ni siquiera se si me hará daño en el futuro, que sin duda aparecerá dentro de un minuto.
- No te preocupes, seguramente vivirás momentos como éste tantas veces que me sonarán los oídos cuando lo hagas: Pero estoy convencida que cuando pase el tiempo, lo verás como algo bonito, aunque no con la importancia que hoy puedes darle.
- Es posible, pero si cada noche soñaba contigo, ahora lo haré despierto cada día.
- No me pongas donde solo debe estar tu verdadero amor, Alonso te dije que no estoy enamorada de ti, solo ha sido un momento especial, muy bonito y repleto de felicidad.

- Entonces pensemos en abandonar el instante, aunque dudo tenga fuerzas para marcharme.
- Aun no, sigue lloviendo y todavía no es momento de salir.
- Entonces, si no te importa me gustaría sujetar tus manos y poner mi cabeza sobre tu pecho dejando que los hechos ocurridos se conviertan en recuerdos para guardarlos para siempre.
- Eres un encanto y una verdadera lástima que solo tengas catorce años. Ven, ven aquí y guarda silencio.

Los labios de Alonso no acostumbrados a tanto uso, estaban rojos e irritados, aunque dulces. No quiso cenar, alegó tener algo de fiebre y malestar, por lo que entró en la habitación compartida con su hermano menor y se acostó después de ofrecer a su familia el saludo nocturno. En esta ocasión sin el consabido beso por temor a que su madre descubriera los aromas de Gloria en su piel y ropa. Absurda teoría, pues a la mañana siguiente fue descubierto, aunque quien lo hizo guardó silencio y evitó comentarios como solo una madre sabe hacer.

Tal vez aquel día fue el más feliz de su vida, y sin saber como, se prometió de nuevo algo que cumpliría durante años. No sintió tristeza porque aquella felicidad durara solo unas horas, aunque fue tan intensa, tan llena de matices y realidades que no le importó. Jamás volvió a ver a su profesora aunque en diversas ocasiones se acercó hasta la Academia a preguntar por Gloria Ortiz, aunque sus respuestas fueron las que ya sabía. Había desaparecido, pero nunca dejaría de formar parte de aquella travesía en aquel mar imaginario vivido con ella. Se sintió igualmente feliz y al mismo tiempo orgulloso y muy satisfecho por haber sido elegido por ella.

Su vida no cambió en absoluto, se asoció a un club de atletismo y cada sábado y domingo iba al estadio Vallehermoso a competir con compañeros de otros clubes. No le gustaba el fútbol y no era alto para practicar baloncesto. Encontró trabajo a los dieciséis años donde más le gustaba, en las oficinas de una empresa, coincidentemente en Hispano Olivetti. Fue el momento de cambiar su fisonomía, actitudes y comportamiento. Hizo amigos dentro del conjunto de compañeros que tradujo en nuevas vivencias. Pese a ello, continuaba con su primigenia idea, buscar y buscar hasta encontrar a una mujer parecida a Gloria. Esa concepción contravenía las insistentes solicitudes de los amigos para acompañarles a reuniones y salidas con amigas. Consiguieron convencerle y salió, sin embargo no lograron se acercara a ninguna de las jóvenes, nadie se parecía a Gloria. Se divertía, pero poco, gozaba más con su tiempo libre.

Fue entonces cuando encontró a alguien muy parecida a su ideal. Emma Albertos, una compañera de club recién incorporada al equipo

femenino. Velocista como él. Parecía haber encontrado tranquilidad de nuevo, al menos eso parecía, aunque su poca o nula disposición para iniciar su acercamiento a ella, se lo impedía. Cada tarde después de acabar la jornada de trabajo, acudía a los entrenamientos y en el campo de atletismo se veían, miraban y sonreían. Los compañeros, José Antonio y Rafael le invitaban e insistían en que debía acercarse a Emma, aunque él se negaba sistemáticamente. Preguntaban la razón y él la escondía, solo en una ocasión dejó caer los conceptos que componían su ideal de mujer. *Sus ojos deben ser marrones, el cabello castaño y con rizos, y la sonrisa como un día de primavera, reluciente, fresca y contagiosa, alegre y feliz. Su cuerpo esbelto aunque delgado.* Pero hombre, decían, eso es un sueño inalcanzable, y tu fijación con ese tipo de mujer tal vez consiga que jamás tengas una a tu lado. El respondía que debía ostentar al menos alguno de los requisitos, pero nunca estaría con alguien que no tuviera el cabello castaño, lleno de rizos y los ojos marrones.

Por aquella época salía de vacaciones el mes de Julio a una playa en la costa de Murcia. A un pueblecito de esos que acostumbran a tener dos poblaciones separadas con idéntico nombre. Una en el interior y otra en la costa, con un puerto pesquero lleno de barcos y unas playas enormes, repletas de gente, y también de jóvenes que como él iban a divertirse, a jugar y conocerse. Hizo amistad con un grupo de su misma edad. Excursiones, cine de verano y la consiguiente búsqueda de chicas con quienes apartarse a un lado de la playa al caer la tarde. Dentro del grupo quedó libre, sin pareja, una chica llamada Mari Carmen, morena, simpática y afectiva, con el pelo rizado y los ojos negros. Se hicieron pareja durante los días que duraron las vacaciones, incluso llegaron a intimar alguna tarde buscando los rincones apartados donde poder dar rienda suelta a sus escarceos. Pero solo era eso, escarceos de jóvenes. Aunque Alonso no quería romper el encanto que al parecer Mari Carmen, sentía por él. Ella no era su ideal, pensaba que al acabar el verano todo se desvanecería, pero ocurrió algo significativo uno de los últimos días de vacaciones.

Mari Carmen tuvo una visita, su prima hermana Pepi llegaba de Cartagena a pasar unos días de sus vacaciones. Una mañana, en la playa, la presentó al grupo, cuando le llegó el turno a él, la observó con detenimiento y comprobó un mínimo parecido con su *Gloria*, pero era tarde y solo restaban dos días para comprobarlo con más detenimiento. Necesitaba verla reír, caminar y sobre todo ver de cerca sus ojos, detenerse y analizar si de verdad eran los que él añoraba. Pero acabó el verano y regresó con las mismas sensaciones que llevó. Le costó adaptarse de nuevo a la vida en la ciudad y sobre todo a sus ejercicios y entrenamientos.

Se olvidó definitivamente de Emma y continuó buscando. En el mes de septiembre tuvo una agradable sorpresa, alguien le llamó por teléfono.

- Es posible que no me recuerdes. Soy Pepi, la prima de Mari Carmen, nos conocimos a finales de julio en la playa.
- Disculpa, pero no recordaba haber intercambiado nuestros números de teléfono.
- Tienes razón, se lo pedí a mi prima. ¿Te molesta?
- No, nada de eso, solo me extrañaba ¿Y a que debo tu llamada?
- Precisamente estoy en Madrid y antes de salir de viaje me acordé de ti y pedí el número a mi prima. Eres la única persona que conozco en esta ciudad y me preguntaba si querrás pasear alguna tarde y charlar un rato.
- Supongo que sí.
- ¿Estás ocupado?
- Trabajo y cuando acabo, suelo ir a entrenar. ¿Donde estás?
- En casa de unos familiares, creo que el barrio se llama Moratalaz, o algo así.
- Se dónde está.
- ¿Entonces nos vemos esta tarde?
- Claro, aunque es posible que no te reconozca, ten en cuenta que nos vimos unas horas y en bañador.
- Tienes razón. Podemos quedar en algún sitio, pero no te preocupes yo si recuerdo tu cara.
- Como quieras. De todas formas si te parece, podemos encontrarnos junto a la estatua de Apolo situada en el Paseo del Prado, entre las plazas de Cibeles y Neptuno. Supongo que podrás encontrarla.
- ¿A qué hora?
- ¿Te parece bien a las seis y media?
- Sí.
- Entonces, hasta luego Pepi.
- Adiós Alonso.

Durante unos minutos trató de recordarla mentalmente para compararla con la imagen de Gloria. Se durmió pensando en ella, deseando fuera la opción que esperaba. Durante una semana, tiempo que estuvo en Madrid, la recogía cada tarde en Cibeles y paseaban o iban al cine. Sin embargo pese a apreciar su simpatía y comprobar que era ciertamente parecida a su ideal, no consiguió convencerle. Se portó como esperaba, en el cine tomaba su mano, o ponía el brazo sobre su hombro, incluso llegó a besarla, respirar su aliento y buscar con ansias el *perfume memorizado*. Pero no, no era ella, era otra mujer. Al despedirse el último día que estuvieron juntos, ella preguntó si volvería a la playa el verano siguiente, pero no supo contestarla, solo envió recuerdos y un beso a Mari Carmen a cambio de su teléfono. Jamás volvió a la playa, ni supo de Pepi o su prima, jamás las llamó.

Encontró otro trabajo en una gran empresa y poco después de cumplir los veinte años se incorporó al servicio militar obligatorio.

Gema hasta los dieciséis años

Dos mujeres y un varón eran sus hermanos. Ella la tercera en edad. Cada mañana salía con el uniforme del colegio, falda plisada de color azul por encima de las rodillas y un alfiler sujetando la abertura del lateral izquierdo. Medias azules, hasta dos dedos antes de llegar a las rodillas y zapatos negros de gruesa goma. Con el brazo izquierdo a la altura de la cintura sujetaba los libros y se unía a las compañeras que esperaban en el portal, para ir juntas hasta el colegio. Sus conversaciones eran del mismo tenor casi siempre, las miradas enviadas o sonrisas cruzadas en clase, o a la hora del descanso, con jóvenes del sexo opuesto, que como ellas tonteaban en grupos. Gema, tal vez era de todas las componentes del grupo, la más tímida y menos atractiva a los ojos de sus antagonistas masculinos, apenas tenía admiradores. Se limitaba a mirar y buscar algo que llamara su atención, mientras su cabello marrón rizado la distinguía de las demás. Su sonrisa sin embargo era la más agradable de cuantas pudieran escucharse.

Una tarde pidió a sus padres permiso para ir al cine con sus amigas de clase. La habían propuesto ir en pareja con chicos, por primera vez, claro que ocultándolo, y a ella le correspondió un recién incorporado al grupo. Ángel era de su misma edad, delgado, de pelo castaño y ojos verdes, de apariencia fuerte y algo tímido, como ella. Consiguió la

concesión de autorización para el sábado. Se preparó para ir a la sesión de las cuatro de la tarde reuniéndose junto al portal donde vivía Julia. Allí tomaron el autobús para encontrarse con los cuatro compañeros de colegio que esperaban en la puerta del cine. A ellos dos tuvieron que presentarlos, hasta ese momento no se conocían. Se miraron a los ojos y tímidamente se entregaron las manos y mejillas para saludarse, luego entraron en el cine.

Los acomodaron, aunque ellos después se colocaron a su gusto. Ella se sentó a la derecha de Ángel. A su izquierda a una de sus amigas. Cinco minutos después de empezar la película, Rosa permitió que un brazo de su acompañante, la rodeara por el hombro. Ángel y ella permanecían en la misma posición sin inmutarse. De vez en cuando se miraban a los ojos y suspiraban en dos acordes al tiempo que acercaban sus manos hasta rozarse. Los pensamientos de ambos posiblemente fueran similares, como también su timidez, pero solo lograron superarla cuando faltaban diez minutos para finalizar la proyección y las luces del cine volvieran a encenderse. Sin embargo en uno de los últimos suspiros dejaron que sus manos se enlazaran, después el brazo izquierdo de Ángel cruzó serenamente el espacio para posarlo en los hombros de ella y acercarla hacia él. Gema sintió como una mano recogía su rostro invitándola a acercarse al de él. Ya no había timidez y sí ansias de encuentro. Los dedos resbalaron por la mejilla derecha de Gema apartando su mirada de la pantalla para encontrarse con la de su acompañante que la centraba en sus ojos marrones. Sintió un leve cosquilleo cuando sus labios encontraron los de él. También una especie de sacudida eléctrica, un breve suspiro, y la frase lanzada por Ángel, despacio, llena de convencimiento y decisión, *Gema me gustas mucho*. No hubo respuesta. Se miraron de nuevo. Gema cerró los ojos como había visto tantas veces en las películas, acercando sus labios a los de Ángel. No vieron el final ni les hizo falta, lo supieron por un tímido golpe de Rosa anunciando que la película había acabado y las luces estaban encendidas. Se separaron y sin mediar palabra, se unieron con fuerza de las manos y salieron de la sala sin esperar al resto del grupo.

Fuera del cine siguieron agarrados de la mano, mirándose de vez en cuando como justificando o pagando el tiempo perdido dentro de la Sala. Sin darse cuenta asintieron con la cabeza a cuantas preguntas formulaban las otras tres parejas sin entrelazar sus manos como ellos. Resolvieron ir a merendar una hamburguesa a un establecimiento cercano. Respondieron las preguntas sin advertir que todas eran iguales, por lo que les llevaron algo que no recordaban haber pedido. Ninguno se levantó de la mesa, solo se miraban y de vez en cuando se escapaba un beso de Ángel dirigido a la mano de Gema. Ya no había suspiros ni timidez, sino valentía y tranquilidad. Algo les anunciaba que se estaban enamorando.

Cuando se separaron al bajar del autobús que les llevó al barrio, no tuvieron más remedio que separar sus manos en un adiós impredecible y temeroso. No querían separarse, fueron Rosa y las otras dos amigas quienes hicieron el esfuerzo. Una última mirada de Gema para fijarse en tres espaldas y una sola cabeza que giraba a cada paso anunciando que no se volverían a ver hasta el lunes, después un último suspiro de Ángel, verlo doblar la esquina y desaparecer. Gema siguió mirando quieta, otro suspiro y dos lágrimas perladas en sus mejillas que por momentos comenzaron a tonarse rojas. Luego varias preguntas a sus amigas para confirmar si Ángel iba al mismo Colegio.

- ¿Pero no le has visto nunca?
- No – respondió- No sabia que existía hasta hoy.
- Pues parece que...
- Sí, creo que estoy enamorada de él.
- Pero Gema, no digas eso, solo ha sido una tarde.
- No, solo fueron cinco minutos, pero suficientes.
- Pues ya puedes darte prisa, creo que no continuará el año que viene.
- ¡Qué me dices!
- Eso. Que se va del colegio a otro fuera de Madrid, se cambia de domicilio.
- ¿Y dónde va?
- Creo que a Villafranca del Castillo.
- ¿Dónde está eso?
- No lo sé exactamente, por El Escorial, creo.
- No me estaréis gastando una broma ¿verdad?
- Ni mucho menos, tonta.
- Mira que si es así no os lo perdonaré jamás.
- Que no, ya verás, el lunes puedes preguntárselo personalmente, suele ir con Mateo todas las mañanas en el coche de su padre.
- Está bien. Bueno, ahora creo que me subiré a casa.
- ¿A estudiar?
- No. A soñar con Ángel.

Llegó diez minutos antes de la hora solicitada por sus padres. La vieron entrar con las mejillas coloradas y los ojos brillando de una manera especial. Sus padres la preguntaron si aquello significaba algo, y al no responderles e insistir, su hermana intercedió de inmediato llevándola al dormitorio que compartían.

- ¿Qué te ha pasado?
- Nada.
- A mí no me engañas. Has estado besándote con un chico ¿verdad?
- Es cierto, pero solo ha sido un beso.
- ¿Algo mas?